

¿Sería ese el problema? Todavía no lo sé. Aún me encuentro en lenta recuperación, aunque eso sí, mentalmente mucho más fuerte.

Entre las paredes de un quirófano

Aura Cristina Hoyos

De repente desperté con el dolor de estómago más intenso que alguna vez sentí. Era alrededor de las tres de la mañana y yo me encontraba llorando del dolor. Pensé que pasaría rápido, que seguramente algo me había caído mal, pero no fue así. El dolor aumentaba cada vez más, por lo que tuve que llamar a mis papás.

Mi mamá intentaba consolarme para ayudarme a conciliar el sueño y hacerme olvidar el dolor. Al no aguantar más, decidió llamar a Coomeva para que vinieran los doctores a revisarme. Cuando llegaron no tardaron más de un minuto en darme un diagnóstico por la posición en la que estaba.

Dijeron que tenía apendicitis y que debía ir inmediatamente al hospital. Mis padres decidieron llevarme ellos mismos en el carro y a pesar de que vivimos en Ciudad Jardín, fuimos a Imbanaco. Durante el recorrido en el carro me puse peor, el movimiento intensificaba el dolor y me generó fuertes náuseas.

Cuando llegamos a Imbanaco, nuevamente los doctores dieron un diagnóstico inmediato y me dijeron que debían operarme lo más pronto posible ya que efectivamente se trataba de una apendicitis. Estuve sobre una camilla tres horas, desesperada, asustada y sin poder dormir, esperando el momento en que finalmente me llevarían a cirugía.

Nunca me habían operado y desde que mencionaron la operación, entré en pánico. Pasaron un millón de pensamientos por mi mente, sobre la vida y la muerte, sobre lo que había vivido y lo que quería vivir. Aunque sabía que la cirugía era un procedimiento básico y sin complicaciones mayores, no podía calmar mi miedo de no levantarme nunca más o levantarme en medio de la operación.

A las ocho de la mañana llegó un auxiliar de enfermería para llevarme y alistarme para la cirugía. Mi ansiedad era tan evidente que los médicos decidieron tomarse un momento para hablarme e intentar tranquilizarme. Para ello, me explicaron cómo iba a ser el procedimiento y las posibles complicaciones; aunque afirmaron que no debía preocuparme que todo iba a salir bien.

Después, llegó el momento de la operación. Recuerdo el miedo que me dio entrar al quirófano, pensar en los otros pacientes que como yo, ya habían estado acostados en esa misma camilla. ¡Todo era tan brillante, tan limpio! Y aunque estuviera rodeada de médicos, enfermeras o personal de la salud, nunca me había sentido tan sola; pero sobretodo, nunca había estado en un lugar que me hiciera sentir tan lejos de la vida.

Me aplicaron la anestesia. Lo último que recuerdo es estar junto al doctor hablando sobre mi colegio. Llegó el momento en que sentí literalmente, que volvía a la vida. Lo primero que pensé era que estaba despertando en medio de la cirugía y que uno de mis más grandes miedos se había vuelto realidad. Pero no fue así. Ya habían terminado el procedimiento y me llevaban a la sala de recuperación. En este lugar dormí por un largo rato y me despertó Mateo, que en ese entonces era mi novio, con un ramo de rosas en sus manos y con una sonrisa de oreja a oreja, por verme.

Después de Mateo, entraron mis papás. Ellos ya habían entrado cuando no había despertado. Permanecí otras dos horas en recuperación, hasta que por fin me dieron de alta y pude ir a mi casa a descansar.

La recuperación fue lo más duro de todo. Después de dos meses pude retomar mi deporte y mi vida normal para nunca más, hasta el momento, volver a entrar en un quirófano, donde por más simple que sea el procedimiento, se enfrenta uno con los pensamientos de la vida y la muerte.

La sangre es alarmante

María Camila Guevara S.

Tenía solo cinco años de edad y recuerdo ese día como si hubiera sido ayer. Estaba en la casa de mi abuela como todos los domingos. Era mi día preferido de la semana porque